

Satori

Regula el paso, del comedor a la alcoba.

Junta las manos, se inclina, esa manzana es suficiente: el vergel
[pertenece a la comunidad, la rotación de las
estaciones (pomares) a los
dioses.

Escupe, se sopla, carraspea: aligera garganta y vientre, ladea la
[cabeza a fin de corroborar la materia que lo rodea
se halla reducida a su más mínima
expresión: jarra, palangana, escudilla,
papel, tintero, los tres gruesos volúmenes
(lectura en rotación durante la cual las
palabras disuelven a las palabras): una
lámina cuelga de la pared lateral (cuatro
paredes, afincadas). Se distiende. Regula
la mirada, al frente. Se desentiende. Si le
preguntan, tendría que concentrarse para
responder si la túnica es azafrán, está por
completo desnudo, o si lleva puesto el
pañó lustroso que cubre sus pudendas.
Terminó de comer la manzana. Gong.
Luego saldrá a enterrar sus semillas
(parte de un ritual particular) por
supuesto no nacerá un manzano:
los dioses ya dieron todo, no hay
nada que procurar.

Tres son las preguntas: ¿qué hora es? Dónde está? ¿Cómo se entra
[a la Mansión de los Inmortales? La tercera pregunta
depende de la segunda. La segunda
pregunta no tiene respuesta (la
respuesta no correspondería a la
solución real que procura la tercera
pregunta). Yo estoy aquí no hace

aparecer la Mansión ni su puerta de entrada. Yo estoy aquí, en un cuarto de papel de arroz y cáñamo, no muestra la sustancia manifiesta de la puerta de entrada de la Mansión: son las ocho en punto de la mañana. ¿Se quiere algo más irreal? ¿Una puerta imperecedera puede estar hecha de cáñamo o papel de arroz? Ocho de la mañana.

Apoya (arrodillado) los brazos sobre el alféizar de la ventana:
 [un mapa a la vista. Pupila, semilla de la manzana, el manzano del pomar, pomares y dioses, Taishan, un río amarillo y un río de aguas coloradas: fin del mundo (pulsan) (¿músicas celestes?) (¿se abrirán las esferas?) le duelen las rodillas (le arde todavía el rasponazo) (¿se abrirán las compuertas?). ¿Hizo falta, como todas las mañanas, plantear las tres preguntas? Tres son los libros que reposan sobre el escabel de pino. La escudilla de azófar recién lavada reluce en la palangana. La palangana muestra una mancha negra (jamás se le ha derramado, la tinta). ¿A qué preguntar? Sale, al paso, paso regulado, rumbo al parque municipal de la pequeña ciudad, los tres templos, la alameda de árboles podados todos a una misma altura: a su regreso, once de la mañana, llena el saco de arroz, el tarro de la

miel, los dos tinteros (azul
de Prusia y su sombra)
repone la resma de papel,
rellena la vasija de vino de
arroz. Sobre el escabel, nueve
gruesos volúmenes (siempre
el mismo error) se sienta. Junta
las manos. Canturrea, vaciando
a un lado la cabeza, aguarda la
cesación de la voz para reiniciar
(hambre) (escritura) (ablución)
la tarea imperturbable (diaria)
de las propensiones.